

El psicoanálisis ante la nueva subjetividad urbana ¹

Juan Tubert-Oklander ²

*Cuadros y ángulos
Casas enfiladas, casas enfiladas,
Casas enfiladas.
Cuadrados, cuadrados, cuadrados.
Casas enfiladas.
Las gentes ya tienen el alma cuadrada,
Ideas en fila
Y ángulo en la espalda.
Yo misma he vertido ayer una lágrima,
Dios mío, cuadrada.
Alfonsina Storni (1892-1938)*

Una parte significativa de la indagación psicoanalítica de la condición humana ha sido, desde los comienzos de nuestra disciplina, la descripción y estudio del mundo privado en el que habitamos cotidianamente, sin percatarnos de ello. La obra de Melanie Klein (1932), a través del uso de su concepto de la fantasía inconsciente (Isaacs, 1948; Segal, 1964), representa una exploración sistemática de esa “otra escena” de la fantasía y el sueño, que es el lugar donde mora nuestra subjetividad inconsciente.³

Si bien esta autora hace depender la organización y dinámica de esta *vida onírica* (Meltzer, 1983) exclusivamente del poder estructurante y movilizador de las mociones pulsionales, la tradición independiente de la

1 Trabajo presentado en el 27º Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, Santiago de Chile, septiembre de 2008.

2 Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina, la Asociación Psicoanalítica Mexicana y la Group-Analytic Society International.
Correo electrónico: JTubertOklander@gmail.com

3 Donald Meltzer (1981) afirma al respecto que “Melanie Klein [...] realizó un descubrimiento [...] revolucionario [...] *que no vivimos en un mundo, sino en dos; que vivimos en un mundo interno que es un lugar tan real para vivir como el mundo externo*” (p. 178, mi traducción, las itálicas son mías).

teoría de las relaciones objetales nos ha hecho valorar la influencia que en ellas tienen las primeras experiencias de relación con los objetos primarios, reales y externos. Así, por ejemplo, Winnicott (1958) destaca la influencia de los cuidados maternos y de la calidad del vínculo afectivo de la madre con el bebé, en la organización de la personalidad de este último, y Fairbairn (1952) señala el efecto de la psicopatología de la madre en la constitución de los objetos internos malos. Estas investigaciones y otras posteriores se centraron en el efecto estructurante de las relaciones intersubjetivas.

Un tema mucho menos estudiado, en cambio, es la influencia del medio ambiente no humano, tanto durante los años constitutivos de la personalidad, como en el curso de la vida adulta, a pesar del estudio precursor sobre el tema que publicara Harold Searles (1960) hace ya casi cincuenta años. Personalmente, cobré conciencia de la importancia de este aspecto de la experiencia humana, tanto consciente como inconsciente, hace poco menos de tres décadas, al analizar a una paciente que había pasado sus primeros años en un medio rural en África. Su profunda nostalgia del rojo deslumbrante de los atardeceres y del luminoso verdor de la vegetación, así como de su temprana relación con un cachorro de león que su familia había tomado como mascota y que la acompañó mientras daba sus primeros pasos, me revelaron la existencia de una modalidad de vínculo afectivo que yo, habiendo nacido y crecido en una gran ciudad, jamás había imaginado.

Obviamente, es posible argumentar que estos vívidos recuerdos infantiles serían realmente símbolos de la temprana relación con la madre, pero creo que limitarnos a esta única interpretación nos daría una visión reduccionista de nuestra experiencia de vida empobrece su comprensión psicoanalítica. Es difícil pensar que la experiencia humana pudiera ser la misma si uno se ha criado y vive rodeado de un lujurioso verdor, que si lo ha hecho en la desnuda y luminosa cima de una montaña o en la aridez de un desierto. Este tipo de experiencias, así como las consecuencias prácticas que dichas circunstancias tienen para la vida, determinan tanto el pensamiento y la concepción del mundo como la calidad y la organización de la subjetividad, en quienes en ellas se forman. No es casualidad, por ejemplo, que las tres grandes religiones monoteístas que predominan en nuestro mundo actual, hayan nacido en una estrecha zona del Medio Oriente, y no en Asia Oriental, América, África o el Norte de Europa.

José Ortega y Gasset (1924) fue un gran precursor de este punto de vista, el cual expone lúcidamente en sus *Meditaciones del Quijote*, donde escribe lo siguiente:

Mi salida natural hacia el universo se abre por los puertos del Guadarrama o el campo de Ontígola. Este sector de realidad circunstante forma la otra mitad de mi persona: sólo al través de él puedo integrarme y ser planamente yo mismo. [...] *Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo* [p. 30, las itálicas son mías].

Entre nosotros, Ernesto Sabato (1963) aborda esta cuestión, al tratar el tema de la llamada “literatura nacional”:

Hemos llegado a la madurez, y uno de los rasgos de una nación madura es la de saber reconocer sus antecedentes sin resentimiento y sin rubor. Estoy hablando del Río de la Plata, no de México ni del Perú, donde el problema difiere por la poderosa herencia cultural indígena. *Aquí la ciudad y la cultura se edificaron sobre la nada, sobre una pampa recorrida por tribus salvajes y duras.* [...] En el momento mismo en que los conquistadores españoles pisaron el territorio de América nació una nueva cultura y hasta un nuevo castellano: *sus formidables ríos, sus altísimas montañas, sus dilatadas pampas, sus culturas aborígenes, sus soles y lunas, sus bellezas y atrocidades, sus lluvias y pantanos engendrarían esa nueva cultura con los machos que llegaban a poseerlos* [pp. 18-19].

Pero con estas líneas el gran autor argentino nos sumerge de lleno en una nueva complejidad: la intrincada relación entre subjetividad, cultura y el entorno material de la existencia humana. Éste es el cenagoso terreno que debemos transitar para abordar el problema planteado por esta comunicación.

Para los fines de esta discusión, utilizaré el término *subjetividad* para referirme a la particular forma que toma la experiencia subjetiva en un sujeto dado. Ésta se deriva de dos factores fundamentales: las *experiencias personales idiosincrásicas* de cada sujeto, pasadas y presentes, y la *concepción del mundo* propia de la cultura en la que se formó. Esta última se incorpora desde la primera infancia, a través de las primeras introyecciones de las experiencias de relación con los objetos primarios y con el medio familiar (Reyna Hernández de Tubert, 2004, 2006b).

Obviamente, la subjetividad es, por definición, algo eminentemente personal, mientras que la concepción del mundo de cada sujeto se estructura en el punto de articulación de lo individual y lo colectivo. Pero también es posible identificar los aspectos comunes de las múltiples subjetividades de los miembros de una comunidad, e inferir a partir ellos las características de una subjetividad colectiva, la cual se encuentra siempre relacionada con la concepción del mundo compartida por esa misma comunidad y con las condiciones concretas de su existencia —es decir, sus circunstancias

geográficas, ecológicas, económicas, institucionales y políticas—.

Ya los filósofos críticos de la Escuela de Frankfurt, como Max Horkheimer, Theodor W. Adorno, Walter Benjamin y Herbert Marcuse, fuertemente influidos por el marxismo, habían planteado la necesidad de reinsertar el pensamiento en su contexto social, a partir del cuestionamiento de lo supuestamente sabido, de lo establecido, de lo obvio y del sentido común, para identificar sus determinantes sociales y políticos, en un intento de alcanzar una racionalidad más amplia, verdadera y libre, que pudiera transformar el mundo, en vez de solamente explicarlo (Hernández de Tubert, 2006a). Su agudo análisis iluminó la forma en que las condiciones económicas y políticas de la existencia humana determinan la forma de pensar y las teorías de los individuos y grupos, pero en cambio no tomaron en cuenta la influencia del entorno geográfico, ecológico y arquitectónico sobre sus experiencias subjetivas y procesos mentales. Considero que esa tarea nos toca a nosotros, como psicoanalistas.

En resumen, la subjetividad, procesos mentales, pensamientos, relaciones y creencias surgen de la dialéctica entre varios factores: i) la irreductible corporalidad de ser humano, con sus exigencias y tendencias, ii) la historia única de sus experiencias personales idiosincrásicas, iii) la concepción del mundo propia de la comunidad a la que pertenece, iv) el contexto cultural, económico, político y social en el que vive, y v) el entorno geográfico, ecológico y arquitectónico que constituye el marco de su existencia. Este último, obviamente, actúa desde su importancia psicológica como marco de la escena de todas las relaciones personales y como objeto de relación en sí mismo, pero también como determinante objetivo de las condiciones materiales y económicas de la existencia, que dan origen a una buena parte del contexto social.

No obstante, en la situación actual, en la que un sector cada vez mayor de la población mundial vive en entornos artificiales, construidos por las sociedades en función de sus necesidades económicas, su organización política e institucional, y la concepción del mundo prevaleciente, estos cinco factores se encuentran cada vez más intrincados, realimentándose mutuamente en una escalada desenfrenada. Y ello nos lleva a considerar las condiciones propias de la vida urbana contemporánea.

Las grandes ciudades en la que la mayoría de nosotros vivimos determinan condiciones de vida muy particulares, las cuales tienen consecuencias psicológicas trascendentes. Enumeraré los principales rasgos definitorios de la existencia urbana:

1) La gran aglomeración poblacional que se da en las grandes ciudades, particularmente en las llamadas *megalópolis*, cuya área conurbada excede los diez millones de habitantes, como Buenos Aires, San Pablo y México, trae como consecuencia una dramática reducción del espacio vital, acompañada de un incremento exponencial del número de contactos inevitables con otras personas. Dado que la capacidad mental y emocional del ser humano no puede acomodar estas circunstancias, la necesaria reacción defensiva consiste en bloquear la percepción de la gran mayoría de las personas en el entorno y, muy particularmente, el contacto emocional con ellas. De allí que los habitantes de estas grandes urbes ya no conozcan a sus vecinos, eviten todo contacto con las muchas personas con las que se cruzan cotidianamente y manifiesten una notable indiferencia frente a las necesidades y sufrimientos de cualquier ser humano que no sea parte de su pequeño grupo de pertenencia. En otras palabras, lo que estamos describiendo es una *organización esquizoide de la personalidad*.

2) La multiplicación de los estímulos de todo tipo —visuales, auditivos, olfatorios, personales— también contribuye al establecimiento y el mantenimiento de esta barrera contra estímulos, que apuntala el aislamiento creciente de los individuos.

3) La distancia cada vez mayor entre los lugares de residencia y de trabajo, de estudio o de otras actividades, obliga a un sector cada vez mayor de la población a pasar largas horas en los medios de transporte, públicos o privados. Esto no solo fomenta el aislamiento del que hemos ya hablado, sino que también determina una grosera transformación de la relación de los individuos con su habitat. Los habitantes de la ciudad dejan de tener una visión global de la misma, la cual es reemplazada por la experiencia de una serie de lugares conocidos, que forman como núcleos o coágulos en medio una amorfa y confusa masa de calles y casas sin estructura ni nombre. A lo sumo, se llegan a concebir algunas avenidas o vías rápidas que conectan entre sí los espacios fragmentarios en los que se habita.

4) La tendencia creciente a la construcción vertical de elevados edificios, el uso sistemático de materiales impersonales como el concreto y el vidrio, la construcción de barrios de vivienda de interés social, con casas o edificios todos iguales entre sí, y la reducción creciente de los espacios abiertos y áreas verdes, todo ello lleva a una dramática disminución del contacto empático con el ambiente. La consecuencia es que los ciudadanos, cada vez más enquistados en sus espacios personales y privados, dejan de sentir interés y responsabilidad por las áreas comunes, lo que se manifiesta

en actitudes tales como la renuencia a barrer la acera frente a la propia casa, el vandalismo o la facilidad con la que desechan su basura de mano en las calles o parques.

5) El deterioro cada vez mayor de los servicios públicos de mantenimiento, limpia y recolección de basura, que representan una actitud semejante de descuido por parte de las autoridades, generan un entorno cada vez más desagradable, con el cual es necesario convivir. Ello favorece a su vez el fortalecimiento del filtro perceptual, una forma de negación, que permite a los ciudadanos realizar sus cotidianos desplazamientos, sin ver realmente ni cobrar conciencia de su entorno.

6) El alarmante crecimiento de la violencia, expresión de una población hacinada, empobrecida, desesperanzada y crónicamente frustrada, sumado al deterioro y la corrupción de las instituciones creadas para velar por su seguridad e impartir justicia, tornan cada vez más amenazante el entorno ciudadano. Ello aumenta, a su vez, el aislamiento, la insensibilidad, la desesperanza y la predisposición a la violencia, en un círculo vicioso que nos aproxima cada vez más a la catástrofe.

Todo lo anterior se combina, entrelaza y potencia en relación con las particularidades de nuestro sistema económico social contemporáneo. La ideología que caracteriza a nuestro mundo actual representa un abandono creciente de la tradicional creencia de que la comunidad es responsable por el bienestar de sus miembros, especialmente de aquellos que se encuentran en situaciones de pobreza, carencia, enfermedad, marginación e indefensión. Por lo contrario, ha surgido una despiadada visión de la existencia, que se ha dado en llamar “neoliberalismo”, la cual plantea la inevitabilidad de una feroz competencia entre los seres humanos, de modo tal que, para que unos pocos ganen, todos los demás tienen que perder. La gente pasa a dividirse, entonces, en “ganadores” y “perdedores”; sólo los primeros son dignos de respeto y admiración, mientras que los últimos sólo merecen ser ignorados, en el mejor de los casos, o despreciados, las más de las veces (Hernández-Tubert, 2008; Tubert-Oklander, 2008).

Esta ideología es la expresión de un sistema socio-económico enfocado a la maximización y acumulación de la riqueza material, en detrimento de toda otra consideración. Se abandonan así los tradicionales valores de la solidaridad, la compasión y la responsabilidad social. El resultado es que un porcentaje cada vez mayor de la población del mundo se ha tornado prescindible, desechable e invisible. La gran mayoría de los jóvenes carecen de los satisfactores que pudieran cubrir sus necesidades más elementales, no

tienen posibilidades de estudio o de trabajo, ni tampoco perspectiva alguna de desarrollo personal. Todo ello se refleja en la organización y administración de las grandes urbes, que no toman en cuenta la existencia y las necesidades de estas grandes mayorías repudiadas e ignoradas. Por lo tanto, en vez de crear un habitat hecho a la medida del ser humano, los individuos deben deformarse o mutilarse, para adaptarse a los requerimientos del sistema. Un dramático ejemplo de ello, que hemos visto recientemente en las noticias, con motivo de las Olimpiadas, es el tren subterráneo de Beijing, en el cual existen empleados cuyo trabajo consiste en empujar desde afuera del tren a la enorme multitud de usuarios, para amontonarlos en su interior y se puedan cerrar las puertas.

La situación emocional de esta gran mayoría de seres humanos, que son tratados como un estorbo por el sistema social, se asemeja a la del niño no deseado y repudiado, descrito por Sándor Ferenczi en 1929, en su trabajo “El niño mal recibido y su pulsión de muerte”. Allí identificó, en los pacientes adultos que se habían vivido rechazados por su propia familia, un síndrome consistente en una grave depresión, con ideas y conductas suicidas o autodestructivas, patología psicósomática grave, desesperanza y una filosofía nihilista. En su tratamiento, sugirió que habría que permitirles una regresión a una relación de dependencia hacia el analista, quien respondería con una actitud de comprensión, cuidado y amor, brindándoles así por primera vez la oportunidad de experimentar los beneficios de una infancia normal, con lo que se subsanarían las carencias originales (Hernández Hernández, 1995; Hernández de Tubert, 1999).

Lo que esta optimista versión del tratamiento omite es el resentimiento, odio, envidia y violencia que surgen invariablemente en quienes se han sentido rechazados e ignorados por aquellos a los que les tocaba contenerlos y cuidarlos, lo que torna, desde luego, mucho más difícil el tratamiento.

Si aceptamos que la razón de ser de la sociedad y sus instituciones es cuidar y responder a los sufrimientos y necesidades de los individuos y grupos que la conforman (Hernández de Tubert, 1997; Tubert-Oklander, 1995, 2008, Tubert-Oklander y Hernández de Tubert, 2004), no nos sorprenderá la aparición de la versión colectiva de este síndrome, en respuesta al *ethos* de nuestra sociedad actual. El enorme sufrimiento del sector mayoritario y creciente de la humanidad, que es dejado de lado en la conducción de la vida social, permea toda nuestra existencia, aún para aquellos pocos que no padecen carencias materiales (Hernández-Tubert, 2008). La destrucción de la idea misma de las relaciones mutuas y solidarias nos ha dejado a

todos huérfanos, como náufragos en una isla desierta e inhóspita, y los efectos que ello tiene sobre la subjetividad propia de nuestros tiempos son devastadores. Obviamente, éste es un problema general de la sociedad, que se manifiesta en todos sus ámbitos, pero que también se revela con una despiadada claridad, como magnificado por una lupa, en las circunstancias de la vida urbana contemporánea.

¿Y qué podemos hacer? La patología colectiva resultante de las características del mundo en el que vivimos no puede resolverse por medio de tratamientos psicoterapéuticos, ya que lo que las grandes masas de desheredados requieren es una respuesta curativa por parte de la sociedad y sus instituciones. ¿Pero qué podemos hacer con aquellas pocas personas que recurren a nosotros en busca de tratamiento, y que presentan una versión de este nuevo síndrome social? Lo que ellos necesitan, como todos los pacientes, es nuestra comprensión y análisis de su situación de vida, sus sufrimientos y necesidades, emocionales y de otro tipo, y esto requiere que reflexionemos y alcancemos alguna comprensión de esta nueva subjetividad emergente.

Nuestras teorías y técnicas tradicionales, surgidas de la subjetividad propia de la Modernidad que imperaba en el Siglo XIX, no logran dar cuenta del, ni responder al mundo vivencial de nuestros pacientes postmodernos (Hernández de Tubert, 2006c). Ricardo Blanco Beledo (2006, 2008) lo plantea en estos términos:

No solamente carecemos de los modelos teóricos para organizar el material [que surge en sus tratamientos] sino que [...] ni siquiera tenemos, en estos momentos, la estructura perceptiva para organizar los datos de la experiencia y capturar las estructuras conductuales, o en el campo de la fantasía, que se conforman en la actualidad en nuestros jóvenes, niños y también en los adultos contemporáneos [Blanco Beledo, 2008].

No obstante, estoy convencido de que sólo el psicoanálisis tiene la posibilidad de explorar este territorio nuevo y desconocido. Pero, para poder hacerlo, los psicoanalistas nos veremos obligados a ampliar nuestro campo de visión psicoanalítica, con el fin de incluir y analizar las relaciones de los pacientes, y de nosotros mismos, con el entorno social más amplio y con el medio ambiente no humano que constituye el marco, habitualmente invisible, de nuestro devenir.

Ello requiere de una reversión de nuestra perspectiva mental, que permita a nuestra atención flotante oscilar —a la manera de un fenómeno fondo-figura— entre la vida psíquica individual y la colectiva, y entre

las múltiples y complejas relaciones de los seres humanos y el medio ambiente no humano —natural o artificial— que les brinda su escenario. Y, habiendo ampliado de esta forma nuestra conciencia, cabe suponer que ya no podremos mantenernos en una posición contemplativa frente al mundo en el que nos tocó vivir, sino que nos veremos obligados a asumir una posición y participar, en la medida de nuestras posibilidades, en su transformación, como lo está haciendo un número creciente de colegas, en esta Latinoamérica nuestra, tan sufrida, pero también tan vital.

Resumen

La descripción y estudio del mundo privado en el que habitamos cotidianamente, requiere considerar, no sólo los impulsos internos y las relaciones con otros seres humanos, sino también la influencia de y la relación con el medio ambiente no humano que da el marco de nuestra existencia.

El medio urbano presenta características propias que influyen sobre el desarrollo de la subjetividad, individual y colectiva. El que dicho medio sea cada vez menos humano es parte de la deshumanización creciente de nuestra sociedad contemporánea, que concibe la existencia como una interminable competencia, en la que para que unos ganen, todos los demás tienen que perder. Ello rompe con los tradicionales valores de solidaridad, compasión y responsabilidad social. Los efectos que ello tiene sobre la subjetividad propia de nuestros tiempos son devastadores.

Para poder analizar esta nueva subjetividad contemporánea, los psicoanalistas tendremos que ampliar nuestro campo de visión psicoanalítica, para incluir y analizar las relaciones de los pacientes, y de nosotros mismos, con el entorno social y con el medio ambiente no humano, físico y ecológico que constituye el marco, habitualmente invisible, de nuestro devenir. Ello nos llevará también a la necesidad de tomar una posición definida y actuar para modificar el mundo que nos tocó.

Palabras claves: medio ambiente, política, sociedad, subjetividad.

Summary

The description and inquiry of the private we inhabit daily requires taking into account, not only inner drives and relationships with other human beings, but also the influence of the non-human environment that provides

the frame for our existence.

The urban environment has its own characteristics has a bearing on the development of individual and collective subjectivities. The fact that this environment is increasingly dehumanized, is part of the growing dehumanization of our contemporary society, which conceives existence as a perpetual competition, in which, in order that some may win, all others have to lose. This implies an abandonment of the traditional values of solidarity, compassion, and social responsibility. The effect this has on the form of subjectivity that characterizes our time are devastating.

In order to be able to analyze this new contemporary subjectivity, psychoanalysts should widen the scope of our psychoanalytic view, in order to include and analyze our patients, and our own, relation with the social environment and with the non-human, physical, and ecological environment that constitutes the usually invisible frame of our existence. This would take us to the imperious need of taking a position and act in order to modify the world we have had to live in.

Keywords: non-human environment, politics, society, subjectivity

Bibliografía

- BLANCO BELEDO, R. (2006): "Subjetividad contemporánea y psicoanálisis." Presentado en el Seminario "Filosofía ¿y? Psicoanálisis", México, D. F., Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, junio de 2006.
- BLANCO BELEDO, R. (2008): "La nueva subjetividad." Presentado en las Jornadas de Teología. México, D. F., ISEE, abril de 2008.
- BLANCO BELEDO, R., (coord.) (2009): *Filosofía ¿y? Psicoanálisis*. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
- FAIRBAIRN, W. R. D. (1952): *Psychoanalytic Studies of the Personality*. Londres y Nueva York: Routledge, 1992. [Traducción castellana: *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Buenos Aires: Hormé, 1970.]
- FERENCZI, S. (1929): "El niño mal recibido y su impulso de muerte." En *Obras completas*, tomo IV. Madrid: Espasa-Calpe, 1984, pp. 85-90. [También en Ferenczi (1955): *Problemas y métodos del psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1966, pp. 89-94.]
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, R. (1995): "Aspectos terapéuticos de la regresión." *Revista de Psicoanálisis*, 52 (2): 483-517.

- HERNÁNDEZ DE TUBERT, R. (1997): "Mentira y poder: sociogénesis de la enfermedad mental." *Cuadernos de Psicoanálisis*, 1997, 30 (1-2).
- HERNÁNDEZ DE TUBERT, R. (1999): "La regressione: espressione psicopatologica o fattore terapeutico fondamentale?" En Borgogno, F. (a cura di): *La partecipazione affettiva dell'analista. Il contributo di Sándor Ferenczi al pensiero psicoanalitico contemporaneo*. Milano: Franco Angeli, 1999, pp. 186-209.
- HERNÁNDEZ DE TUBERT, R. (2004): "Inconsciente y concepción de mundo." En Kolteniuk, M.; Casillas, J. & de la Parra, J. (eds.): *El inconsciente freudiano*. México: Editores de Textos Mexicanos, págs.63-78.
- HERNÁNDEZ DE TUBERT, R. (2006a): "Comentario al trabajo de Francisco Mancera 'Psicoanálisis, dialéctica de lo negativo y otros viajes'." Presentado en el Seminario "Filosofía ¿y? Psicoanálisis", México, D. F., Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, marzo de 2006. En Blanco Beledo (coord.) (2009), pp. 63-78.
- HERNÁNDEZ DE TUBERT, R. (2006b): "Inconsciente y concepción del mundo. Implicaciones filosóficas y psicoanalíticas." presentado en el Seminario "Filosofía ¿y? Psicoanálisis", México, D. F., Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, abril de 2006. Publicado en Blanco Beledo (coord.) (2009), pp. 79-103.
- HERNÁNDEZ DE TUBERT, R. (2006c): "Comentario al trabajo de Ricardo Blanco 'Subjetividad contemporánea y psicoanálisis'." Presentado en el Seminario "Filosofía ¿y? Psicoanálisis", México, D. F., Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, junio de 2006.
- HERNÁNDEZ-TUBERT, R. (2008): "The politics of despair." Presentado en el 14o Simposio Europeo de Análisis Grupal. Dublín, Group Analytic Society, agosto de 2008. Publicado en *Group Analysis*, 2011, 44: 27-39.
- ISAACS, S. (1948): "Naturaleza y función de la fantasía." En Klein; Heimann, P.; Isaacs, S. & Rivière, J. (1952): *Desarrollos en psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1967, pp. 73-115.
- KLEIN, M. (1932): *The Psycho-Analysis of Children*. Nueva York: Delta, 1975. [Traducción castellana: *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Hormé, 1964.
- MELTZER, D. (1981): "The Kleinian expansion of Freud's metapsychology." *International Journal of Psycho-Analysis*, 62 (2): 177-185.

- MELTZER, D., (1984): *Vida onírica*. Barcelona: Julián Yébenes.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1924): “Meditaciones del Quijote.” En *Meditaciones del Quijote. Ideas sobre la novela*. México, D. F.: Espasa-Calpe Mexicana, 1994, pp. 9-156.
- SABATO, E. (1963): *El escritor y sus fantasmas*. Buenos Aires: Emecé, 1976.
- SEARLES, H. (1960): *The Nonhuman Environment: In Normal Development and in Schizophrenia*. Nueva York: International Universities Press.
- SEGAL, H. (1964): *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós, 1979.
- TUBERT-OKLANDER, J. (1995): “El psicoanálisis en la matriz social.” Presentado en el 34º Congreso Nacional de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Mexicana, Morelia, Michoacán, noviembre de 1995.
- TUBERT-OKLANDER, J (2008): “The matrix of despair.” Conferencia magistral impartida en el 14º Simposio Europeo de Análisis Grupal. Trinity College, Dublín, Irlanda, agosto de 2008. Publicado en *Group Analysis*, 2010, 43: 127–140.
- TUBERT-OKLANDER, J & Hernández de Tubert, R. (2004): *Operative Groups: The Latin-American Approach to Group Analysis*. London: Jessica Kingsley.
- WINNICOTT, D. W. (1958): *Through Paediatrics to Psycho-Analysis*. Londres: The Hogarth Press & The Institute of Psycho-Analysis, 1978. [Traducción castellana: *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (traducción de Jordi Beltrán). Barcelona: Laia, 1981.]